

JUAN BIONDI y EDUARDO ZAPATA, *Representación oral en las calles de Lima*, Lima, Universidad de Lima, 1994, 454 pp.

La oralidad es, sin duda, uno de los factores constitutivos de la cultura peruana. Esto no sólo por el carácter ágrafo de la diversidad de lenguas indígenas que aquí se desarrollaron (y se desarrollan todavía con fuerza) sino también porque más allá del alfabetismo –al decir del antropólogo Luis Millones, “mucho más funcional que efectivo”– la fuerza comunicativa que transmite información –y con ello contribuye a estructurar modos de pensar (y de sentir)– no se sustenta en una cultura escrita. El carácter oral de la producción de distintos tipos de discursos en el Perú (inclusive de aquellos escritos) es patente y distintivo. Su estudio resulta necesario y urgente en vías de una comprensión más cabal de las imágenes que la cultura peruana recrea como medio de autoanálisis y crítica autoreferencial.

Este libro de Juan Biondi y Eduardo Zapata constituirá remisión obligada para el desarrollo futuro de este tipo de estudios en el país. Se trata de una aproximación profunda –aunque inicial y encuadrada únicamente desde una rama de la lingüística– que ha abordado el problema con la seriedad que se requiere. La “tradición oral” en el Perú no está solamente referida a la recolección de mitos y canciones de una tradición literaria que conocemos poco, sino está enmarcada en la vida diaria, en un presente –aquí y ahora– que a cada instante configura representaciones imaginarias sobre la base de mecanismos asociados a la lengua oral. Los autores han constatado bien esto y han marcado la diferencia desde el título mismo del libro: se trata de estudiar los discursos orales producidos actualmente en las plazas del centro de Lima para investigar cómo esos discursos –desde su actualización lingüística– propician en quienes participan de ellos (oyentes y productores) medios sorprendentes para el conocimiento (el reconocimiento) de la identidad social; una identidad que en el Perú se explora con vehemencia y que involucra referentes subjetivos, intersubjetivos y, por supuesto, históricos.

La introducción del libro –desde nuestra perspectiva, con un ligero desorden– establece el “marco teórico” sobre el cual se sustenta la investigación. El mérito consiste en el interés por preguntarse acerca de qué es lo que está detrás del discurso oral en el nivel psicolingüístico, vale decir, en el nivel de las relaciones entre la realidad, los procesos cognitivos y el lenguaje. Más allá de los aportes de distintos investigadores (Parry, Goody, Ong, etc.) referidos a la descripción de las marcas lingüísticas del discurso oral (por ejemplo,

existencia de fórmulas y de temas recurrentes, el uso de pronombres personales, coordinación, voz activa, etc.) los autores han optado por distinguir cómo la oralidad y la “escribabilidad” producen cada una diferentes mecanismos de razonamiento que, en el caso de la oralidad, refleja un modo distinto de interpretar y ordenar la realidad al que la cultura escrita propone casi como norma única. En suma, se constatan dos modos de atribuir y de producir significado —determinado siempre por “espacios de sentido” culturalmente definidos— que actúan como claves de interpretación y comprensión de la realidad social.

Así, utilizando los aportes de teóricos como McGann y McNeil, el libro propone que detrás del discurso oral y del escrito se encuentran dos desarrollos lingüísticos diferentes; éstos son el razonamiento metafórico y el razonamiento metonímico. El primero, asociado a la escribabilidad, se basa en la relación de semejanza y analogía entre un término presente y uno ausente. El segundo, referido a la oralidad, consiste en cambio “en asociaciones basadas en la contigüidad de elementos en un contexto dado” (p. 22), es decir, en las asociaciones que ese elemento genera según una determinada situación comunicativa y según un contexto culturalmente determinado. Aunque la introducción es parca y no desarrolla ni discute los conceptos al nivel teórico, éstos intentan ser ejemplificados al momento de analizar los discursos de los oradores. Este libro se aventura con relativo éxito a dejar que la teoría surja y se esclarezca en el análisis mismo de los textos y no antes de ellos. Pero afirmamos “con relativo éxito” porque la escasa fundamentación teórica de los conceptos impide que muchos pasajes sean interpretados asumiendo buena parte de su complejidad.

En ese sentido, llama mucho la atención que el libro no proporcione datos correspondientes a la situación de los “informantes”. Y resulta curioso ya que se trata de un libro que surge —aparentemente— de una motivación lingüística y antropológica, es decir, de un libro que se propone investigar discursos orales que intentan particularizarse y legitimarse en un espacio dado, en un tiempo específico y frente a sujetos concretos. No encontramos por ninguna parte referencias mínimas acerca de los productores de estos discursos; datos acerca de sus edades, de sus orígenes (por ejemplo, si son migrantes o no) y de sus ocupaciones anteriores. Y ese es un error fundamental que ha afectado buena parte de la investigación, ya que sobre la base de estos datos hubiera sido más fácil interpretar lo que culturalmente —y por supuesto lingüísticamente— está sucediendo en la plaza. De la misma manera, así como se prescinde del productor, se hace lo mismo con los receptores, pues las

referencias a quienes escuchan los discursos son mínimas, salvo cuando se trata de aquellas alusiones que se marcan lingüísticamente mediante un juego astuto de la deixis. Este libro –probablemente sin proponérselo y sin quererlo– ha cometido el error que se supone sus autores querían evitar, es decir, finalmente, el estudio ha privilegiado el discurso y no a los sujetos que participan del discurso. Todo el énfasis está puesto en el análisis textual (realizado, por momentos, con mucha lucidez y, por otros, con exceso), pero creemos que la oralidad no puede ser estudiada únicamente desde esa perspectiva. El análisis estructuralista –o estilístico, si se quiere– sólo tiene sentido en la medida de que sus hallazgos sean capaces de ser utilizados para una interpretación que se involucre en una perspectiva más amplia. Es decir, el libro intenta demostrar la coherencia interna del discurso al nivel lingüístico pero salvo algunas excepciones (realizadas –repetimos– muy inteligentemente) poco sabemos de su adecuación externa con la realidad social o, más aún, de cómo esa realidad externa va determinando la configuración verbal.

Desde ahí, desde esa manera un poco cerrada de entender la oralidad (y la estilística), no sorprende que en la bibliografía de este trabajo no aparezca ningún libro sobre problemas socioculturales del país; es más, sólo aparecen mencionados dos autores peruanos cuyos libros son específicamente de teoría lingüística. Tan importante como la tesis de Parry sobre Homero –que tampoco aparece citada en la bibliografía– y tan importante como la publicación del *Curso de Lingüística General* de Ferdinand de Saussure, son por ejemplo, los trabajos de Angel Rama sobre el funcionamiento de “la Ciudad Letrada” en la formación del imperio colonial hispanoamericano –y con ella de la “modernidad” contemporánea– y también, en el caso peruano por ejemplo, la idea del “desborde popular” sustentada por José Matos Mar. Estos dos libros son “anteriormente contemporáneos” a los trabajos de Zapata y Biondi y en un texto de esta naturaleza pudieron haber sido utilizados –como muchos otros más– con sumo provecho. Es cierto que no se trata de que los lingüistas o los críticos literarios se conviertan de pronto en psicólogos, sociólogos o antropólogos, pero es cierto también que en un estudio de esta naturaleza resulta muy discutible dejar de hacer referencia a dichos campos. El libro carece de interdisciplinariedad y justamente por esa razón el análisis lingüístico –o, mejor dicho gramatical– resulta tan privilegiado y por momentos algo innecesario.

Profundizar al nivel psicolingüístico daría mayores pautas acerca de los mecanismos del razonamiento metafórico y metonímico; al nivel sociolingüístico esclarecería mucho desde dónde se produce el discurso y cómo es

éste en relación a “los otros” discursos; al nivel literario se podría enfatizar más en “los mundos representados” y en las imágenes sociales –heredadas por diferentes vías– a los que éstos discursos se adscriben; al nivel sociológico y antropológico, se podría ver a esos textos como signos de cambios y continuidades socioculturales que vienen desarrollándose actualmente. En fin, mucho de esto podría ayudar a interpretar el discurso oral y no sólomente – como lo han hecho los autores– a describirlo gramaticalmente.

Pero estas han sido sólo anotaciones que pretenden resaltar la complejidad del tema y la importancia de su estudio. Importancia que le asignan con gran interés Juan Biondi y Eduino Zapata e importancia, al fin y al cabo, que será sólo relevante cuando ese lenguaje sea reconocido y valorado como una posibilidad más de nuestra lengua y cuando los mundos imaginarios que ahí se recrean dejen de ser profecía.

Víctor Vich Flórez
Pontificia Universidad Católica del Perú